

rezca en mí pecado ; considerad cuánta es mi debilidad, siendo como soy un pecador ; no me abandoneis al furor de mis enemigos, puesto que he colocado en Vos mi auxilio y confianza. Libradme, Vos que sois mi fuerza y el único apoyo de mi esperanza. Vos sois todopoderoso ; Vos mereceis toda gloria ; vuestra bondad no tiene limites, y nosotros os debemos acciones de gracias y un eterno reconocimiento. Así sea.

Esta regla contiene máximas tan sabias, piadosas y edificantes que no hemos creído debernos contentar con dar de ellas un compendio ; puesto que todos sus puntos son tan útiles como preciosos. Ella puede servir no solamente para los novicios, sino tambien para los que son más entrados en edad ; y además, un gran número de sus preceptos convendrían á las personas que viven en el mundo.

---

#### EL ABAD SERAPION Y EL ABAD SERENO<sup>1</sup>

Hay muchos llamados Serapion. Este es llamado Serapion del desierto de Sceté. El abad Moisés contó de él un hecho muy instructivo que prueba cuánto cuidado deben tener de manifestar sus defectos y tentaciones á su padre espiritual los que empiezan á practicar la virtud. Decia que Serapion tenia costumbre de referirlo el mismo á sus jóvenes discípulos para instruirles en un punto tan importante. « Cuando era todavía niño, decia el abad Serapion, y moraba con el abad Tehonas, el demonio me había llevado con sus artificios á una mala costumbre, esto es, que despues de

<sup>1</sup> Casiano, Cotelier.

haber tomado mi refeccion con él despues de la hora de nona, robaba todos los dias un panecillo, que comia por la noche á escondidas. Aun cuando yo hacia este hurto voluntariamente y, satisfaciendo de este modo mi sensualidad, me confirmase más y más en este hábito de golosina, esto no impedia que despues de esta pasajera satisfaccion, volviendo dentro de mí no fuese atormentado por el mal que habia hecho tomando este pan, más de lo que habia tenido placer al comerlo. De esta manera gemia bajo la tirania del demonio, y no pudiendo librarme de esta maldita necesidad, me avergonzaba de descubrir mi hurto á aquel santo viejo.

« Pero un dia sucedió, por una conducta particular de Dios que queria sacarme de tan larga servidumbre, que algunos solitarios fueron á la celda de mi abad con el designio de edificarse con sus instrucciones. Cuando despues de haber salido de la mesa empezaron los demás á conversar sobre algunos discursos de piedad, respondiendo el santo viejo á todas las preguntas que se le hacian, cayó insensiblemente en la gula, y dijo cosas estrañas de este vicio. Hablo tambien con estension del imperio que sobre nosotros tenian los malos pensamientos, cuando los ocultábamos, y representó vivamente la violencia que ejercian sobre nosotros mientras les teníamos en silencio.

« Este discurso tan animado fué como una flecha de fuego que me penetró, y haciéndome creer los remordimientos de mi conciencia que se juntaban á la vehemencia de sus palabras, que solamente por mí hablaba de esta manera, y que sin duda Dios le habia descubierto el secreto de mi corazon, me dejé por de pronto llevar de los suspiros, que ahogaba en mí mismo lo mejor que podia ; pero, aumentando el dolor y la compuncion, se propagó por de fuera con sollozos y excesivas lágrimas.

« Saqué de mi seno que tantas veces habia ocultado este hurto el panecillo, el cual, segun mi ordinaria costumbre,

habia robado para comer por la nodre, hicelo ver á aquellos solitarios ; declaréles cómo siempre comia otro tanto á escondidas ; ediéme por el suelo ; pedí perdon ; derramé gran abundancia de lágrimas, y supliqué á aquellos testigos de mi falta que rogasen á Dios por mí, y le pidiesen que me librase de aquel duro cautiverio en el cual gemia tanto tiempo hacia.

« Mi venerable abad. al verme en este estado, me dijo : « Animo, hijo mio ; tened confianza en Dios ; no teneis necesidad de mis palabras : la confesion que acabais de hacer de vuestra falta os ha librado ya de la servidumbre en que gemiais. Hoy habeis triunfado de aquel enemigo que tanto tiempo hacia que os tenia ya sujeto. Esta confesion le tiene hoy dia mas abatido á vuestros pies que vuestro silencio no os habia abatido debajo de él. ¿ Os admirais que él os haya dominado tanto tiempo cuando ni vos ni nadie se oponia á él? ¿ No dice el sabio, *que porque es uno llevado fácilmente al mal sin resistir á él y contradecirle, el corazon de los hijos de los hombres está lleno de iniquidad?* (Eccles. 8. sec. LXX). Pero ahora que este espíritu de malicia se vé descubierto, no podrá inquietaros más en lo sucesivo, y esta serpiente infernal no se atreverá más á buscarse una guarida en vuestro corazon despues que por vuestra saludable confesion, le habeis sacado de sus tinieblas para exponerle á la luz de Jesucristo. »

« Apenas aquel prudente viejo hubo acabado de hablar, cuando salió de su seno una lámpara encendida, que de tal manera llenó la celda en que estábamos de un olor de azufre, que su hedor insoportable apenas nos permitió permanecer más allí. Aquel santo viejo, volviendo á tomar la palabra, me dijo : « Hijo mio, ya veis con vuestros ojos la verdad que acabo de deciros, y que vuestra humilde confesion ha echado visiblemente de vuestro corazon á este enemigo que excita y alimenta en nosotros todas nuestras

pasiones ; y su fuga manifiesta os debe ser un gaje de que este tirano al cual acabais de descubrir no tendrá en lo sucesivo poder alguno sobre vos. »

« Lo que me predijo el santo viejo me sucedió. La confesion que entonces hice de mi falta detuvo de tal manera aquel dominio que el diablo ejercia sobre mí, que ni siquiera intentó despues traérmela á la memoria, y desde aquel tiempo jamás sentí el menor deseo de un hurto semejante. »

Se ve por este ejemplo cuánto desconcierta á los espíritus de las tinieblas que nos tienden lazos la humilde confesion de sus faltas y la manifestacion de las ilusiones del demonio á los que están encargados del cuidado de nuestra alma. Cuanto más el tentador gana en hacernos esconder nuestros pecados, tanto más tambien la humilde declaracion que de ellos hacemos, á pesar de la vergüenza que con ello siente nuestro orgullo, nos sirve para obtener la libertad y el perdon de ellos. Dios por su misericordia se inclina hácia el alma que confiesa su falta con una sincera humildad, y le dá el beso fraternal de la reconciliacion, y esto debe alentar poderosamente á las almas cargadas hasta de los mayores crímenes, á confesarlos á los ministros de Jesucristo, sin escuchar la mala vergüenza que el demonio les ha quitado al cometerlos, y que se la devuelve en seguida para impedirles que se los declaren y que obtengan por ahí la remision de ellos.

La accion generosa que hizo el joven Serapion fué segunda de bendiciones y gracias, como habia sido recompensada con un milagro visible y con librarle de la tentacion. Esto nos hace presumir justamente que desde entorces hizo considerables progresos en la virtud, puesto que le yemos en lo sucesivo en el número de los Padres más espirituales de Sceté, tan famosos por su santidad.

Parece que debe referirse al abad Serapion, de quien

hablamos aqui, el que se encuentra bajo este nombre en la conferencia décima octava de Casiano y en la recoleccion de Cotelier. El primero, haciendo hablar al abad Piammon que recomendaba mucho el practicar las virtudes de humildad y paciencia con sinceridad y verdad, y no, como algunos, por inclinaciones profundas, por gestos afectados, y por una falsa humildad de palabras, le hizo contar este hecho de la historia del abad Serapion.

« Un solitario que daba muestras de una profunda humildad, fué cierto dia a él; é invitándole el buen viejo, segun la costumbre, á ofrecer juntos su oracion á Dios, aquel hombre le respondió que no podía hacerlo, porque habia cometido tantos pecados que hasta era indigno de respirar el aire comun á todos los hombres; y no atreviéndose á sentarse en la misma silla de aquel buen viejo, estaba sentado en tierra. Todavia hizo mayor resistencia cuando el abad Serapion le quiso lavar los piés. Finalmente, despues que se hubieron levantado de la mesa, hallándose Serapion obligado á hablarle, segun la costumbre, empezó á advertirle con toda la dulzura posible, que no estuviese más ocioso, ni anduviese vagammindo en lo sucesivo; que era joven, fuerte y robusto, y que entonces principalmente debia poner cuidado en guardar más la estabilidad, y en no correr con tantá lijereza de un lugar á otro. Exhortolo á amar más el morar en su celda para vivir en ella más de su trabajo que de la liberalidad de otro; que el mismo San Pablo, para no caer en este mal, aun cuando la predicacion del Evangelio al que se aplicaba con tanto ardor, le daba con justicia deredro á ello habia sin embargo pasado los dias y las noches trabajando para ganar con que vivir.

« Aquel pobre religioso quedó tan sobrecogido de dolor y tristeza que no pudo menos de dejar mostrar en su rostro la amargura que estaba escondida en su corazon.

Pues bien, hijo mio, le dijo aquel prudente viejo; vos deciais ahora mismo que habais cometido todas los crímenes imaginables, y no teneis temor de pasar aqui con esta confesion por un hombre de mala vida; y ¿ de dónde procede pues que una simple advertencia que os doy, que nada tiene de ofensiva, que hasta debiera edificaros y seros una muestra de mi afecto, os irrite de tal manera que os es imposible ocultar vuestra indignacion y no dejarla aparecer en vuestro rostro? ¿ Esperabais cuando poco ha os humillabais, que yo os dijese estas palabras: *El justo empieza su discurso por acusarse á sí mismo?* » (Prov. 18, sect. LXX.)

Cotelier que narra este hecho añade que aquel religioso, entrando dentro de sí mismo pidió perdon al venerable viejo, y se retiró aprovechándose despues de su aviso.

El mismo abad reprendió con mucha mayor fuerza á otro solitario segun la necesidad que juzgaba que de ello tenia; y de esta manera los antiguos Padres de los desiertos empleaban ya la firmeza ya la dulzura segun las circunstancias, solo teniendo á la vista la gloria de Dios y el bien de las almas, sin que ninguna consideracion humana les llevase á una floja condescendencia, cuando era necesaria la firmeza, ni que empleasen mal humor cuando solo debian emplear una dulce persuasion. De este modo obró Serapion con aquel solitario que le pedia una palabra de edificacion. Este religioso habia hecho acopio de un buen número de libros, y á este proposito le respondió Serapion: « ¿ Qué quereis pues que os diga á vos que habeis tomado el bien de las viudas y de los huérfanos, y que lo habeis empleado en esos libros. ? »

Daba este excelente aviso á propósito del respeto y de la modestia que se debe tener cuando se ora a Dios. « El solitario que ora, decia él, debe continuamente mirar á Dios con la misma atencion y el mismo respeto que los oficiales que estan delante del emperador, y que ni siquiera se atre-

verian á volver los ojos de un lado á otro; mientras él esté con esta respetuosa atencion, el enemigo no podrá espantarle. »

Finalmente se cuenta de él una historia muy singular, y que demuestra que el celo de la salvacion de las almas ha llevado algunas veces á los santos á emplear medios extraordinarios, los cuales sin embargo no pueden servir de regla á todo el mundo. Pasando un dia por una poblacion de Egipto y viendo á una muger de mala conducta, le dijo que iria á verla. Fué, en efecto, y desde que entró, se puso á orar.

Empezó á rezar el Salterio, haciendo en cada salmo una oracion por ella, y suplicando á Dios que la convirtiese. Pronto fué oido. Aquella muger comprendió que habia ido allá para salvarla. Púsose tambien ella todo temblorosa á orar junto á él. El santo rezó asi todo el salterio, despues de lo cual la muger cayó abatida en tierra. Él no dejó de continuar; empezó á San Pablo y rezó muchas cosas de él. Cuando finalmente hubo terminado su oracion, la muger, movida á compuncion, se echó á sus pies y le suplicó que la pusiese en un lugar en donde pudiera servir á Dios.

Llevóla á un monasterio de vírgenes y poniéndola en manos de la rbadesa, le dijo que no le prescribiese regla como á las demás hermanas sino que la dejase hacer lo que ella quisiese. Despues de algunos dias, ella se resolvió á no comer más que dia por otro; un poco despues de tres en tres dias, y luego de cuatro en cuatro. Finalmente creciendo siempre en ella el espíritu de penitencia, dijo á la superiora: Puesto que yo he ofendido grandemente á Dios con mis pecados, hacedme la caridad de encerrarame en una celda y tapar la puerta de ella, sin dejar en la misma más que un agujero por el cual me hareis dar un poco de pan y con que trabajar. Concediósele lo que pedia y pasó así el resto de su vida de una manera que la hizo completamente agradable á Dios.

Esto es todo cuanto los monumentos monásticos nos enseñan del abad Serapion Pero, á propósito de este abad, hubo en el mismo desierto de Sceté otro solitario del mismo nombre cuya relacion, que Casiano hace, muestra que era muy diferente de aquél y de los otros Serapiones de quienes ya hemos hablado. Diremos aqui lo que de él nos ha enseñado Casiano, y esto servirá para convencernos que las virtudes que algunas veces se admiran con pasmo en ciertas personas, no son siempre pruebas de la verdad de sus sentimientos en materia de dogma, y que si no se pierden por la depravacion de las costumbres, bien pueden perderse por la obstinacion de su espíritu en los errores que sostiene.

La grosera heregia de los Antropomorfites, esto es, de los que creen que Dios tiene un cuerpo, se habia deslizado entre los monges del desierto de Sceté. Este error era un resto de la idolatria, de la que muchos que la habian abandonado para abrazar el cristianismo, habian conservado algunos prejuicios, como era el de representarse al verdadero Dios, no como una simple sustancia, pura y sin límites, sino de la manera que los paganos se representaban sus falsas divinidades, con una cabeza y miembros como nosotros. Acostumbrados como estaban antes á adorar á los demonios bajo figuras humanas, no sabian representarse á Dios en sus oraciones sino bajo una forma sensible. Parecíales que todo les escapaba, y que sus oraciones no eran buenas sino cuando detenian su imaginacion en algun objeto corporal, como si lo hubiesen tenido delante de los ojos. Lo que les confirmaba más en aquel ridículo error era todavia la interpretacion que daban á aquel punto del Génesis, en que Dios dice: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. Su simplicidad y prevencion les hacian tomar estas palabras á la letra y miraban como un dogma establecido en la Escritura lo que ella condena en tantos lugares.

« Entre aquellos solitarios así engañados, había uno, llamado Serapion, el cual, según dice Casiano, era consumado en toda clase de virtudes y recomendable por la austeridad de su vida. Su ignorancia en este punto de doctrina, añade él, perjudicaba mucho á todos sus hermanos; y cuanto más les sobrepujaba por el mérito de sus grandes virtudes y por la autoridad de su vejez, más también les era peligroso su error. » Era de la congregación del sacerdote Pafnucio, y este santo sacerdote había hecho inútilmente esfuerzos para hacerle entrar en el camino de la verdadera fé. Pero miraba el sentimiento de su abad como una opinión nueva y contraria á la tradición. En esto llegó de Capadocia á aquel desierto para ver á los solitarios Fotino diácono y hombre muy sabio. Pafnucio le suplicó que le dijese en presencia de todos los hermanos cómo las Iglesias de Oriente entendían aquel punto del Génesis: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*. Fotino respondió, sin titubear, que todos los obispos de aquel país no entendían esto á la letra ni de una manera grosera, y adujo muchos lugares de la Escritura para probar que esto no debía entenderse así.

Finalmente mostró tan claramente cuán indigno era de la majestad invisible de Dios, tan augusta é incomprendible, el limitarla con alguna cosa que tuviese la forma y la semejanza de hombre, y dió á este propósito tan fuertes razones, que el buen viejo Serapion se rindió á ellas y reconoció la verdad católica.

El abad Pafnucio experimentó con este cambio una extraordinaria alegría, lo mismo que todos los solitarios de aquel desierto.

Sin embargo Serapion, que tenía costumbre de representarse á Dios en su oración bajo una figura humana, lo cual detenía más fácilmente su imaginación, no sabiendo ya en qué fijarse porque un espíritu puro no presenta ima-

gen, sensible, se halló muy embarazado; no sabía cómo hacérselo para ocuparse de Dios, y penetrado de dolor se abandonó de repente á los suspiros y lágrimas, echóse por tierra, y gritó suspirando en alta voz: « ¡ ay ! ¡ cuán miserable soy ! Me han quitado á mi Dios ; yo no sé ya ahora en qué debo fijarme ó á quién debo adorar ó á quién debo dirigirme. »

« Este accidente, dice Casiano, nos conmovió mucho (Coll. lo. c. 3.), y nos llevó á Germano y á mí á ir á encontrar al abad Isaac al cual dijimos : « En verdad, Padre mio, que hemos quedado espantados del grosero error del Abad Serapion, y casi hemos desesperado de nosotros mismos, viendo que un hombre tan santo, después de cincuenta años de un tan gran retiro y de una vida tan austera, no solamente haya perdido tantos trabajos por su error, sino que hasta haya caído en un tan gran peligro de su salvación. » Y el abad Isaac nos respondió : « No hay que admirarse que un hombre muy simple, que jamás ha sido instruido sobre la naturaleza de Dios, haya sido engañado en este punto por su ignorancia, y por su largo hábito de su antiguo error. Porque para decirnos un opinión, el abad Serapion no ha sido arrastrado á esta nueva ilusión por artificio del enemigo, como vosotros creéis. Él no ha hecho más que permanecer en su error de otras veces y en aquella primera ignorancia del paganismo en que los hombres, acostumbrados á adorar á los demonios, revestidos de la figura de los hombres, hacen pasar este error al cristianismo, y piensan que hay que adorar á la majestad incomprendible de Dios bajo alguna forma sensible de la que creen ellos que esta revestido. » Estas palabras del abad Isaac muestran claramente que este Serapion había sido idólatra y se había convertido después á la fé cristiana. Lo cual prueba que no podía ser el mismo que el que, siendo todavía niño, había sido educado por el abad Tehonas.

Casiano hace tambien hablar en sus conferencias al abad Sereno, y dice que entre todos aquellos grandes solitarios que habitaban el desierto de Sceté no habia casi ninguno por quien tuviese él tanta veneracion como este santo abad. » Era este, añade él, un hombre de una santidad extraordinaria y de una continencia admirable, el cual segun su nombre lo indicaba, conservaba su alma en una tranquilidad y serenidad completamente divinas. A más de todas las virtudes que le hacian notable en sus acciones, en sus costumbres y hasta en su rostro, tenia tambien el don de una pureza angelical. » Porque aquel grande hombre, ofreciendo á Dios noche y dia muy ardi entes oraciones, acompañadas de vigili as y ayunos para obtener la castidad del cuerpo y alma, recibió de Dios esta preciosa gracia y vió durante la noche á un angel que le dijo : « Sabed que vos habeis obtenido hoy de Dios la pureza perfecta que le habeis pedido con una fé sincera. »

El deseo de aprovecharse de las instrucciones del abad Sereno indujo á Casiano y á Germano á irle á ver. Era esto en tiempo de cuaresma. El venerable viejo les recibió con aquella paz y serenidad que formaban su principal caracter. Hizoles diversas preguntas sobre su disposicion interior, sobre la cualidad de los pensamientos que les ocupaban ordinariamente, y les preguntó por último si su larga permanencia en el desierto habia contribuido ya á la pureza de su alma ; porque hemos visto en más de una ocasion que esto era lo que los solitarios tenian principalmente á la vista en los laboriosos ejercicios de la vida monástica.

Casiano y Germano se humillaron mucho con estas preguntas. Confesáronle que tenian el alma tan ligera que no podian dar en esto el testimonio favorable de haberse aprovechado en su retiro. « ¡ Ay, Padre mio ! le dijeron ; esta larga serie de años de retiro que debiera ya habernos establecido en la perfeccion, no nos ha servido hasta aquí sino para

